

## **ACASO SEA EL OCASO DEL ACOSO**

“ Sí, me encuentro cansado, sin hacer nada. Si nada siento ni padezco. Si el mundo se ha evaporado. Si mi único universo está dentro de mí. Acaso nada existe, nada me inclina a existir. Esto significaría que mis días están contados, que el ocaso está cerca. Adiós a mi existencia cruel”

Patricio tiene doce años. Es muy apocado y le cuesta hacer amigos. Sobre todo conservarlos.

Me llamo Laura y tengo la misma edad que Patricio. Nací aquí, en España. Patricio en Guinea. Quizás sea por eso que los chicos de la clase y algunas chicas se meten casi siempre con él. Haga lo que haga. Tanto si está bien como si está mal.

Es cierto que a veces no hay quien le entienda porque se pone un poco pesado y su risa es estridente y alocada. Pero eso no es pretexto para decirle esas cosas horribles que le dicen, o para pegarle, no de uno en uno sino en grupo. Son unos cobardes.

A mi madre, en ocasiones, se lo cuento. Ella me pregunta y me pide que le explique más cosas. Yo le cuento algo para que se quede a gusto. Pero cuando empiezo a ver que no le gusta lo que oye me pongo muy nerviosa y cambio de conversación. Sobre todo cuando empieza a interrogarme para ver si a mí me pasa algo parecido. Las madres suelen ser muy curiosas y no conviene que sepan demasiado, por si lo complican todo.

La maestra me ha sentado al lado de Patricio. Ella sabe qué yo hablo poco y que me concentro mucho en clase. Me ha pedido que le ayude en matemáticas, cuando no entienda algo, porque se le dan mal. Él me pregunta las dudas y yo le contesto muy bajito. No quiero que se enteren mis dos amigas, Sara y Viky, porque se burlan diciendo que es un friqui y un sucio negro africano. Y que si le ayudo es porque me gusta..., y cosas parecidas. Yo sé que son injustas y envidiosas, pero si le defiendo se meten conmigo y me amenazan con no hablarme, o con no quedar a dar una vuelta el viernes por la tarde. Eso es lo que más me gusta de la semana. Me siento mal, pero me quedo mirándolas y me callo. No quiero que se

den cuenta de cuánto me hacen sufrir. A veces me siento valiente y les digo que eso no está bien y ellas, a la hora del recreo, corren y se alejan de mí mirando hacia atrás cuchicheando y riendo. Las sigo un tramo, pero cuando comprendo que me están ignorando me voy a sentar al banco que hay junto al campo de fútbol y veo como juegan los chicos. También juega Patricio, pero como no se le da bien unos quieren que se vayan, otros le dan patadas, otros le dicen manta... que eres un manta, nenaza... y otra lindeces por el estilo.

Me siento en la clase con Laura. María, la maestra, me ha puesto con ella para que me ayude en clase. Voy un poco retrasado en "mates" porque no las entiendo bien. En Guinea no iba al colegio. La violencia de la aldea no dejaba salir de casa a nadie. Y menos a los niños. Lo que le hicieron a mi padre es un ejemplo de lo que digo.

Me siento incómodo porque Laura me gusta. Es la única persona del colegio que me mira bien. La que me habla sin insultarme. Hablo poco con ella porque los chicos de la clase me acribillan a indirectas y empujones cuando nos ven juntos. El día que me la encuentre por la calle se lo tengo que decir, no vaya a pensar que soy antipático o que no me cae bien. A lo mejor no se lo digo. Creo que me daría mucha vergüenza.

Mi madre, que acaba de llegar con mi hermano pequeño del hospital, me pregunta cómo me he hecho esos moratones en el costado y las piernas. Le contesto que me he caído contra la valla del colegio. Si le digo que Sergio me puso la zancadilla cuando iba a todo correr a por el balón, la haría sufrir mucho más. Bastante tiene con trabajar en la limpieza de no sé cuantas casas y con la operación de mi hermano, y con los recuerdos, para que le ocasione más penas con lo que me pasa en el colegio. Ella me mira fijamente a los ojos y me da un abrazo. A veces creo que no se lo cree. Sólo calla.

Mañana es viernes. No quiero ir al colegio. Por un día no va a pasar nada.

- Claro que irás... Tienes que estudiar para poder trabajar en algo digno, - dice ella - Recuerda que no es la primera vez que esto te pasa. Es tarde... Ya verás cómo mañana te sentirás mejor - añade animándome.

Me levanto muy cansado... muy cansado... No quiero ir al cole. Estoy mal, me mareo y la tripa me duele. Mejor no desayuno y luego me tomo el bocadillo en el recreo. Mi madre me lo ha hecho de tortilla. Me gusta mucho. Me voy.

Hoy Patricio está muy raro. Cuando ha llegado, se ha sentado y ni me ha mirado. Tampoco me ha saludado. Ha sacado el cuaderno de cono, el estuche y se ha girado un poco para pedirme algo. No ha llegado a hacerlo porque Rubén, un chulito prepotente que parece que sólo él tenga derecho a respirar, le ha dado una tremenda y sonora colleja mientras pretextaba ir a tirar un papel a la papelera con tanto disimulo que la maestra ni se ha enterado. Pero eso no es nuevo.

Patricio se ha levantado del asiento con mucha violencia. Ha cogido el estuche y lo ha tirado hacia el techo. Las pinturas y los lápices se han desparramado por el suelo con gran estrépito. Toda la clase riendo y aplaudiendo, la maestra riñendo a Patricio como si fuera el único culpable.

Y... antes de que nadie pudiera reaccionar... Patricio, en medio de una gran excitación y protagonismo ha abierto la ventana y... y... se ha tirado por ella.

Me he quedado petrificada. Silencio. Gritos. Más gritos. Esto no puede ser verdad.

Patricio está en el hospital. Le han tenido que escayolar las dos piernas y tiene un fuerte traumatismo en la cabeza. En un par de meses no le volveremos a ver.

Mi madre y otras madres han ido al colegio a protestar. Dicen que poner freno a los acosos es más importante que saber sumar o leer. La sensación que tengo es que en el colegio no se sienten culpables y dicen que la culpa es del loco de Patricio, que siempre se comporta de forma diferente.

Creo que en el colegio queda mucho por hacer.

Hoy María, la maestra, nos ha hablado de la igualdad y la tolerancia. De los acosos entre iguales. Hoy algunos, por primera vez, han empezado a comprender que su comportamiento injusto ha ocasionado un gran mal. Y que los que acosan a alguien que

sienten inferior a ellos tienen un importante problema personal que resolver. Yo creo que de esos temas hay que hablar muchos días, todos los días. Otros de la clase, por el contrario, afirman que lo que hacen es una broma y que a Patricio le encanta que le persigan por el patio, ¡claro! y cuando le alcanzan que le frían a golpes... eso no lo dicen, pero yo lo he visto. Otros dicen que es él quien provoca y que se busca lo que le pasa.

Hoy por la tarde he ido con mi madre y la maestra a ver a Patricio al hospital. Me ha esbozado una leve sonrisa. Sólo a mí. Parece muy triste y pensativo. No ha dicho nada porque todavía no puede hablar.

Le he dicho que deseo que se recupere pronto. Que los compañeros de la clase, sobre todo los chicos, me han dado recuerdos y que esperan verle pronto, porque tiene muchos partidos que jugar, Y que me he inventado una forma de explicarle las mates que va a alucinar... y que cuando se recupere podríamos quedar en mi casa para jugar a la wii. Patricio parece que no me escucha. Ha cerrado los ojos. Descansa.

“Si me encuentro cansado, sin hacer nada. Si nada siento, ni padezco. Si el mundo se ha evaporado. Si mi único universo está dentro de mí. Acaso nada existe, nada me inclina a existir. Eso significa que mis días están contados, que el ocaso está cerca. Adiós a mi existencia cruel.

Laura ha venido a verme con alguien más. Parece María, la maestra, y una señora que no conozco. En este momento ya no me asalta este mismo pensamiento que me venía a la cabeza continuamente, como una obsesión: “Si me encuentro cansado, sin hacer nada. Si nada siento, ni padezco. Si el mundo se ha evaporado. Si mi único universo está dentro de mí. Acaso nada existe, ni nada me inclina a existir. Esto significaría que mis días están contados, que el ocaso está cerca. Adiós a mi existencia cruel”.

Estoy contento... sin embargo... este pensamiento me persigue: “Si me encuentro cansado, sin hacer nada. Si nada siento, ni padezco. Si...

Me he acercado a su cama. Patricio tiene expresión de ausente y me da vueltas el corazón. De repente... la mano de mi amigo se

mueve y parece buscar algo. Acerco mi mano y me la agarra con fuerza. Mueve los labios, me aproximo para entender las palabras que salen de su boca y escucho... "Quiero vivir".

Ahora la esperanza ha vuelto a mí. A todos.

Es tiempo de reflexión para que pensemos que nadie se merece un rechazo. Que nadie es más que nadie. Que todos tenemos la necesidad de vivir con dignidad.

**ELVIRA VALLADOLID, 14 años.**  
Getafe. Madrid